

## LA MODA FEMENINA



**L** hombre tiene muy mala fama, una fama inmerecida de don Juan, cuando en realidad son muy pocos los hombres que prestan una atención determinada al sexo opuesto. Existía aún hace años el personaje jacarandoso que se daba la vuelta para ver pasar a una mujer. Había miradas incisivas, miradas masculinas que iban desde el peinado al tacón de una fémica. Las revistas festivas y galantes estaban llenas de dibujos con escenas de ese estilo. Ello pertenecía a un tiempo en que lo que atraía la malintencionada atención del espectador no era mucho más que un simple tobillo femenino. A medida que la moda femenina ha eliminado sus oropeles y sus cascadas de tela, también se ha simplificado el sentimiento suscitado de la curiosidad. Muy pocos son los que se vuelven, o aun que se fijan con detenimiento en una mujer que pasa por la calle. Pese a la liviandad del atuendo femenino, reducido, a veces, a una mínima expresión, no existen hoy en las playas los racimos de curiosidad malsana que proliferaban en lustros anteriores. La belleza femenina se ha tornado natural para los hombres. Seguramente, ello es una consecuencia de las características de nuestra época, más despreocupada —o, quizá, más ocupada— que las anteriores.

En cambio, las mujeres entre sí se fijan, mucho más que antes, las unas en las otras. Muchas veces hemos pensado que las autoras, o cómplices, de la complicada y fluctuante moda femenina son, con exclusividad, las propias mujeres. Ellas son las que exigen y crean para sí, para su consideración y admiración recíproca, muchas de las cosas que ponen en boga, destinadas a su cabeza, a sus pies o a su cintura. Si estamos un rato sentados en un local público, advertimos en seguida que las que se vuelven a mirar a las mujeres que entran son todas ellas personas de su propio sexo. Muchas mujeres miran a las otras con el acerbo sentimiento de curiosidad que los hombres han dejado de poseer. Las mujeres se fijan en los zapatos que llevan las demás, en su bolso, en su peinado. Nada de ello parecemos advertir nosotros, los hombres. A la salida de una reunión oímos comentar a las señoras sobre cada uno de aquellos detalles. Para identificar a una mujer de quien no se recuerda el nombre dicen ellas: "la que llevaba los zapatos así" o "aquella rubia con el cinturón de tal forma". Cada uno de esos detalles se nos han escapado a nosotros. Nosotros hemos visto a la persona en su conjunto, pero de una manera vaga. Si nos hicieran detallar cuáles son las características de aquella determinada silueta femenina, nos veríamos en un aprieto. Para nosotros, los hombres, las mujeres bien pudieran pasarse sin moda alguna, cuando la mayoría de las preocupaciones que muchas de ellas tienen se refieren a la vertiente exterior y aparente de sus fruncidos y de sus lazos. La moda femenina es, pues, una ilusión que ellas mismas se hacen y se inventan para uso patrimonial, en la creencia que es a nosotros a quienes la ofrecen.

La moda femenina no es, pues, un ingrediente para agrandar, sino para agrandarse. Tiene una virtualidad intrínseca, que no es exclusiva ni característica de la civilización actual, sino fenómeno eterno y permanente de la naturaleza. Hay una necesidad de distinguirse y de hermosearse que poseen negras y blancas, en los trópicos como en el ecuador. Ahora bien: esta necesidad de embellecerse y retocarse, de modificar de algún modo la gracia de la naturaleza, tiene una tendencia creciente a confiar cada vez más en la espontaneidad de la figura. La evolución vertiginosa, que va desde las damas de polsón hasta hoy, seguramente no tiene parangón con cualquiera otra evolución de nuestros tiempos veloces. La pudibundez y el barroquismo de los vestidos de hace sólo cincuenta años han claudicado aprisa ante el ceñido pantalón de las adolescentes y de las muchachas a las que Pronst llamaba las "muchachas en flor". Hay una simplificación de las ropas para devolver al cuerpo femenino la naturalidad de sus líneas, con lo que éstas se manifiestan puras mientras están en esplendor. En cuanto a las formas que ya han pasado, se resignan sin demasiadas complicaciones a su lenta decrepitud, la cual se hallará apoyada, sin embargo, por otros fulgores que

—nada desdeñables— ya no dependen siempre de la gracia biológica, sino de las inmanentes lozanías del espíritu.

Quizá el hombre de hoy se habitúa más a una consideración admirativa de estas últimas gracias, que no amenguan con la edad de la mujer, sino que siguen prevaleciendo a pesar de la decadencia física. En la vida dinámica de hoy, la mujer de cuarenta, de cincuenta años, puede mantener su atractivo a pesar de que los años ya empiecen a pesarle. Nada tiene ya que ver con la moda, sino que se trata de mantenerse con el espíritu en vigor.

## el túnel bajo el canal

Parece ya decidida la construcción bajo el Canal de la Mancha de un soberbio túnel que una las costas de Francia con las de Inglaterra. Esta obra de ingeniería fue un largo sueño de muchos hombres de ambas tierras, y hasta hoy no empieza a ser considerado con seriedad. Ello significa que, probablemente, dentro de unos años la insularidad de Inglaterra habrá desaparecido y que se podrá hablar de ella como de una tierra continental, una especie de añadido singular a la característica estampa de Europa. Esa insularidad tan celosamente guardada, tan estratégicamente defendida por Inglaterra, habrá cedido por un paso subterráneo, para que Inglaterra confirme su condición plenamente europea.

Con este motivo se han cruzado unos telegramas la reina de Inglaterra y el general De Gaulle. "Estoy segura de que la puesta en marcha de este importante proyecto tendrá felices resultados y de largo alcance para nuestros dos países", dice la reina. Y el general manifiesta: "La importancia histórica de la decisión recién acordada a propósito del túnel bajo el Canal ha sido perfectamente captada por el pueblo francés". Naturalmente pasarán aún años antes de que pueda transitarse desde Calais al Havre, pero lo cierto es que para la construcción del tremendo pasadizo ya no se invocan razones estratégicas o de seguridad como las que nublaron los proyectos anteriores. O el mundo está verdaderamente en paz, o se piensa que, en caso de guerra, nada alterarían esos cincuenta kilómetros de vía directa entre las dos orillas del Canal.

La transformación de la ruta del canal en ruta terrestre será un acontecimiento singular, parecido al de la apertura del canal de Suez. Este será un Suez a la inversa, basado en la idea de que el comercio, el turismo, el conocimiento y relación entre las gentes, son fenómenos que quedan al margen del recelo y de la suspicacia nacionalista. Será una frontera abierta y directa entre dos baluartes de la historia continental, antes sujetos a alternativas de amistad o de disenso. Cuando el Canal se abra, los coches que existirán ya no serán probablemente nuestros vehículos de tracción combustible, sino otros accionados mediante la propulsión de un motor eléctrico alimentado por pilas electro-químicas. La batería de esos coches, según leemos, producirá corriente eléctrica por la "combustión fría" de oxígeno e hidrógeno.

La noticia no pierde hoy su condición protocolaria y augural, pero es, a la vez, un signo más de las tremendas transformaciones a las que estamos asistiendo. Si empezamos a trazar un balance de los acontecimientos que presenciemos y echamos la vista atrás para situarnos en la mentalidad con que nacimos, contemplaremos con asombro que la época que nos ha tocado vivir es una época privilegiada. Muchas veces nos lamentamos y extrañamos de los giros imprevistos que cobran determinados acontecimientos de la historia contemporánea, a los que no acabamos de calibrar ni comprender y que se nos antojan arbitrarios y aun espeluznantes. Pero los acontecimientos todos de esta época corresponden a una proporción determinada, que altera sustancialmente el rutinario ángulo de visión del que aún estamos dotados. Las grandes empresas del tiempo, como ésta de la construcción del Canal, ¿no son acaso gemelas de la aparición de los grandes núcleos raciales antes condenados al inmovilismo histórico? ¿No es proporcionada esta empresa a la formación de los grandes bloques de color o a la irrupción del hombre en el cosmos? Nada de lo que ocurre hoy es una pieza aislada del mecanismo, sino parte integrante y sustanciosa de él. Estamos en la edad en que sólo pueden sorprendernos las cosas demasiado pequeñas.